

La Iglesia, fruto y medio de santidad

Por MONS. JUAN DEL RÍO MARTÍN. Arzobispo castrense de España

Su idea sobre la Iglesia hay que configurar la con el abundante material que se encuentra disperso en sus obras (sermones, tratados, memoriales, textos catequéticos, cartas). En el limitado espacio de estas páginas abordaremos de manera sintética un aspecto eclesiológico: la Iglesia como *fructus salutis* y *medium salutis*.

Ávila, este sacerdote manchego con grandes conocimientos bíblicos, impregnado de un fuerte paulinismo, que sigue a los Santos Padres, especialmente a san Agustín, y a la teología de santo Tomás de Aquino, presenta a la Iglesia como Cuerpo Místico y Esposa de Jesucristo. Él la llamará “Santa Madre”, “Santa Madre Iglesia”, o simplemente “Iglesia Romana”. Esto responde a que es fruto de la santidad de “su dueño y Señor el Redentor”. Además, es santa porque es la “*casa donde celebramos las cosas santas*” y en ella se nos da “la gracia y virtud y cobramos honra y hermosura del cielo” (cf. *Sermón* 80). Lo que define a esta “Congregación” de fieles que camina en el tiempo no es el pecado de sus miembros, sino la santidad de su origen y meta, que da sentido a su ser y existir. Para Ávila, la Iglesia Romana es la que ha conservado íntegras las notas características de la santidad de los orígenes (cf. *Sermón* 30).

Iglesia, “morada de Cristo”. El amor es la clave interpretativa y el hilo conductor de la eclesiología avilista. No puede entenderse el misterio de la Iglesia sin tener presente el proceso

La Iglesia que vivió san Juan de Ávila es la que va del Renacimiento a la Reforma Católica. Uno de los campos menos estudiados del pensamiento del próximo Doctor Universal de la Iglesia es precisamente su Eclesiología, debido a que no es un autor sistemático, sino un predicador.



Mons. Juan del Río

amoroso *ad intra* y *ad extra* de la Comunidad Trinitaria. Todo el ser de la Iglesia tiene su origen en la perfección de la Divina Esencia de un “Dios que es amor, predica amor, envía amor” (*Tratado del amor de Dios*, nº 2). Ella es portadora de la fuerza del amor divino que lo comunica por medio de frágiles instrumentos humanos. Ávila, partiendo de la formidable analogía de la inseparabilidad de la divinidad y de la humanidad de Cristo, contemplará la doble dimensión del misterio eclesial: divino y humano.

Así, anclada en el ministerio salvador de Cristo, la Iglesia se convierte en el continuo remedio de Dios al pecado de los hombres, ya que es el don de amor y santidad que el Padre nos envía en el Hijo por el Espíritu mediante el trueque de la cruz.

Esta “Compañía”, “Congregación”, “Cristiandad”, “Templo”, “Ciudad”, no puede existir sin la Encarnación del Verbo, tampoco es realizable sin la acción de la “espiritualización” del Paráclito. Por eso mismo llegará a decir que el “*Espíritu Santo es el principio vivificante de cabeza y miembros*”, el “*principium Ecclesiae*”, porque es Él quien da unidad y vida al Cuerpo, enriqueciéndolo con toda clase de virtudes y dones.

Según el pensamiento del Apóstol de Andalucía, la Iglesia posee una perfecta trabazón y armonía entre los elementos espirituales y jurídicos, invisibles y visibles. La Iglesia es “*manifiesta, no a escondidas*”, por eso mismo no es sólo “*Communio Sanctorum*”, sino que también es comunión en “*las cosas santas*”. De ahí que la santidad de esta “Congregación” no sea sólo algo espiritual e invisible, sino que también posee una visibilidad y exterioridad en la relación y en los medios de santificación. En

Cruz de caña perteneciente a san Juan de Ávila, actualmente en el convento de Santa Clara de Montilla

una palabra: nos hallamos ante una Eclesiología construida desde “*dentro hacia fuera*”, marcada por el elemento “cristo-pneumatológicos”, además de ser sintetizadora de sus componentes: invisible y visible, de santos y pecadores, jerárquica y pneumática, de la Palabra y de los Sacramentos.

Medios de santificación y liturgia.

La noción que posee el Maestro Ávila de “Revelación”, es la que hallamos en Trento: utiliza el término “Evangelio” como equivalente al de “Revelación” (Concilio de Trento, sesión cuarta). Tiene muy clara la distinción entre Palabra increada y la Palabra misma. Rechazará el principio luterano de la autosuficiencia de la Escritura, afirmando con vigor que la correcta lectura es la que está en perfecta consonancia con la Tradición y el “sentir de la Iglesia”. Se aleja y huye de todo subjetivismo alumbrado. No basta decir que se tiene “lumbre del Espíritu” o “santidad y milagros”, sino que hay que escuchar a la Iglesia y fuera de ella, pues “*a nadie se tiene que dar crédito, aunque sea tan santo como Jesucristo*” (*Lecciones sobre la epístola a los Gálatas 1,8*).

La institución de los sacramentos guarda estrecha relación con la encarnación y la obra salvífica del Hijo. De ahí que sea la Iglesia, como Cuerpo de Cristo encarnado, la que determina en cada momento el modo y la manera en que deben celebrarse. No sería violentar la doctrina avilista si dijésemos que la Iglesia es el “radical sacramento” o el “primer sacramento”, y un ejemplo de ello es el siguiente texto: “*¡Siete ojos, hermanos, siete ojos a la Casa donde el Señor celebra su fiesta, donde consagra, donde hace sacerdote, donde predica a sus discípulos, donde*

envió después al Espíritu Santo!” (*Sermón 33,180ss*).

Acerca de la gracia particular de cada uno de los siete sacramentos, el Patrón del clero español los tratará muy dispersamente. Los más descritos son la Eucaristía y el Orden, con los que por su abundante material se podrían componer perfectamente los dos tratados. Sin olvidar la celebración litúrgica de los mismos, sobre todo de la Santa Misa donde Cristo continúa haciéndose presente entre nosotros.

La santidad de Cristo se vive mediante la celebración litúrgica de los sacramentos y la oración inspirada por el Espíritu Santo. San Juan de Ávila se esfuerza por llevar la riqueza de este “misterio santo” a las concreciones pastorales para que todo el pueblo de Dios se beneficie del don de esta “comida celestial”. Para ello, pon-

drá de manifiesto las deficiencias de su tiempo en la práctica litúrgica, tales como: el abandono del precepto pascual (*Memorial 2º*, nn. 5-17); la falta de autenticidad en lo celebrativo (*Sermón 36*, nn. 39-40); la excesiva presencia de elementos extraños en las acciones litúrgicas (*Memorial 2º*, nn. 14-28); la carencia del respeto debido en los templos en cualquier momento y sobre todo en la celebración eucarística (cf. *Sermones 5*, 35, 45); previene contra el abuso de quienes supeditan la celebración de la Misa al estipendio; denunciará los elementos y signos paganos en la celebración de la fiesta y procesión del Corpus Christi (cf. *Advertencias al concilio de Toledo* nnº 63-66). Estos y otros muchos problemas suenan entre nosotros a mucha actualidad.

Sin embargo, el Apóstol de Andalucía, como buen reformador, no se quedó en la mera cons-





Portada del santuario de san Juan de Ávila en Montilla, elevado a basílica menor

tatación de los problemas, sino que hará toda una serie de propuestas espirituales y pastorales encaminadas a superar las deficiencias.

Así, exhortará a los ministros de la Eucaristía a celebrar con dignidad: “Trátalo bien, que es Hijo de buen Padre”, le dirá un día a un sacerdote

que celebraba con poco respeto. Se muestra favorable a la celebración cotidiana de la Santa Misa, siempre que haya preparación suficiente y se respeten las circunstancias espirituales del sacerdote. Impulsará la catequesis eucarística con el fin de que todos puedan conocer

y participar frecuentemente en la comunión. Para ello, propugnará la cofradía del Santísimo Sacramento como ayuda pastoral para el acercamiento de los fieles a la Eucaristía.

De igual modo, se preocupará de dar normas de atención y limpieza de los objetos litúrgicos, ornamentos y vasos sagrados.

Los santos, hermosura de la Iglesia. La santidad es exigencia del bautismo y consiste en la perfección de la caridad. La vida de la Iglesia es un engendrar y hacer crecer en la santidad; su fin es convertir a los pecadores en “amigos de Dios”. Para el nuevo Doctor, santos son aquellos que gozan de la amistad divina: lo afirma claramente en la Carta 222 cuando dice: “Hemos de pensar que tenemos un grande Amigo, que es Dios, el cual nos tiene presos los corazones en su amor; que le queremos en grandísima manera bien, y que El nos manda que tengamos otros muchos amigos, que son sus santos, entre los cuales el principal es Cristo”.

La verdadera realización de la vida cristiana sólo se da siendo “santos en Cristo”. Por su identificación radical con Cristo Cabeza, los santos son presentados como modelos de vida y doctrina para el pueblo cristianos. Así, en el Sermón 55 asegura que: “Estos santos son columnas firmísimas que sustentan esta verdad de este divino Misterio; hombres en quien Dios habló, hombres de santa vida, que con su santidad y con el derramamiento de la sangre por Jesucristo, cobraron tanta autoridad, que tienen a los hombres en pie su doctrina” (n. 54).

A esto se debe que, en ocasiones, Ávila, compare a los cristianos con la santidad de un cáliz en cuantos que son “recipientes de Dios”. Los bautizados son “las muestras” de la victoria de la gracia redentora y santificante que le fue concedida y confiada a la Iglesia. Las vidas de muchos de sus hijos “libres del pecado”, son como “candelas encendidas”, puestas por Dios “con el fuego del Espíritu Santo sobre el candelero de la Iglesia” (*Dialogus inter confessarium et paenitentem*, n.

25). De ahí que se pueda hablar de Iglesia santa, no sólo por la santidad que dimana de Cristo Cabeza, sino en cuanto “Ecclesia congregata” compuesta por miembros que poseen una santidad propia, aunque no independiente, y que en cada uno de ellos se da en distinto grado y estados de vida.

En conclusión. San Juan de Ávila es un hijo de la Iglesia y desde la fe de la ésta sabe expresar en profundos principios teológicos el Misterio de la *Ekklesia*. Él comunica el Mensaje cristiano desde la continua convicción, vivencia y meditación del único e irrepetible Misterio que es Cristo. Su predicación era “*ex abundantia cordis*”, que movía a su auditorio hacia un verdadero encuentro con Cristo; dejando el pecado, reformando las costumbres, viviendo como quiere “la Santa Madre Iglesia”.

Nos encontramos ante un teólogo pastoral que tiene unos sólidos fundamentos doctrinales, que analiza y contempla toda realidad creada desde la manifestación del Amor Divino en Cristo. La Iglesia la ve como un don del Padre en Cristo por el Espíritu que se entrega a los hombres y se realiza en medio de ellos. Esta “Congregación” no nace de la base de un grupo sociológico ya existente en sí, ni surge como fruto del empeño humano, sino que su nacimiento y existencia depende enteramente de Cristo. Lo que la constituye “Santa” y la hace instrumento de santidad es el Amor de Dios que lo configura todo. Esta “Compañía” es santa por su ser, por su origen, por los medios que posee, por la meta a la que está llamada.

Un hombre de acción como el Maestro Ávila, necesariamente tenía que poseer un sentido realista de la condición terrena de los miembros que componen la Iglesia, formada por santos y pecadores, por hombres necesitados siempre de la gracia. No estamos ante una

Iglesia de “elegidos” o “puros”, sino de una “Ciudad” que está en continuo combate con el pecado y que vive en una santidad no realizada totalmente aquí y ahora.

Si la Iglesia se da desde el Misterio, es decir, se construye desde dentro hacia fuera, quiere decir que todo crecimiento en la santidad de sus miembros ha de pasar necesariamente por la conversión del corazón; sin ella no hay verdadera reforma de la Iglesia. Esta postura va en total consonancia

con la reiterada enseñanza de los últimos Pontífices, especialmente el Beato Juan Pablo II y Benedicto XVI: la misión exige, tantos a los sacerdotes como a los fieles, la santidad y coherencia de vida. Sin ella no habrá verdadero anuncio del Evangelio en el mundo de hoy. Con razón la Breve Instrucción de la Conferencia Episcopal Española en su XCIX Asamblea Plenaria del pasado mes de abril lleva por título: *San Juan de Ávila, un Doctor para la nueva evangelización*. ■

